



la fiesta de
HALLOWEEN



UNA HISTORIA ERÓTICA

NINA KLEIN

LA FIESTA DE HALLOWEEN

UNA HISTORIA ERÓTICA

NINA KLEIN

© 2020, Nina Klein

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso del autor.

ÍNDICE

[Aviso importante](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Acerca de la autora](#)

[Otras historias de Nina Klein](#)

AVISO IMPORTANTE

Atención: esta es una historia con escenas de sexo explícito, apta solo para un público adulto.

Solo para mayores de 18 años.



Era la mejor fiesta de Halloween en la que había estado nunca. No, corrijo: era la mejor fiesta de Halloween que había visto nunca, incluidas las que salían en las películas, en las series y en post varios de Instagram.

Alguien se había gastado una pasta gansísima en preparar todo aquello. Aparte de que estábamos en el hotel más caro de la ciudad, la decoración era espectacular: Candelabros con velas (falsas, eso sí) colgando del techo y de las paredes, telarañas por todas partes, globos naranjas y negros, guirnaldas negras con murciélagos cubriendo el techo, de lámpara a lámpara... Había también calabazas talladas con caras e iluminadas por dentro, y millones de lucecitas naranjas adornando todas las esquinas.

Un ejército de camareros circulaba constantemente con bebida y comida de formas y colores terroríficos. También había comida normal, lo cual se agradecía, porque no me apetecía hincarle el diente a nada con forma de araña negra, la verdad. Ahora mismo tenía en la mano una copa con una bebida roja, que no tenía ni idea de lo que era, pero estaba buenísimo. Algo con zumo de arándanos.

Tenía una pajita negra con un murciélago en la punta. Era una pasada.

Y siendo la fiesta una maravilla —una pijada, pero una maravilla— la comida y la bebida abundante, ¿qué hacía yo en una esquina como una paria?

Rebobinemos hasta esa tarde, unas cuantas horas antes.

Concretamente tres.

Tres horas antes, esa tarde...

—Noooooo, no y no, no insistas, no seas pesada, he dicho que no y es que no.

Mi mejor amiga, Dana, se había presentado en mi piso de improviso. No me había avisado de que venía ni nada: me había llamado al telefonillo abajo y no había tenido más remedio que abrirle la puerta.

Ahora estaba en mi salón —bueno, en mi salón/dormitorio/cocina, porque vivo en un estudio y lo tengo todo junto, pero bueno: la cama es plegable—, los brazos en jarras,

mirándome fijamente para hacerme sentir culpable.

Llevaba un disfraz de Maléfica, con vestido hasta los pies, capa, bastón, gorro con cuernos y toda la parafernalia. Incluyendo los labios color rojo sangre.

Era precioso y le quedaba genial contrastando con su pelo rubio, estaba guapísima.

—Dijiste que ibas a venir a la fiesta, Emily.

Estaba en pijama, tirada en el sofá. Había tenido un día agotador en el curro y después de llegar a casa, lo primero que había hecho era darme una ducha calentita y ponerme el pijama. Tenía encima de la mesa un cartón de palomitas que acababa de hacerme en el microondas, una copa de vino tinto y un capítulo de Buffy Cazavampiros en pausa en la tele. Además, en la calle estaba lloviendo y hacía un frío que pelaba.

¿Cómo iba a decir que sí a una fiesta? ¿Estaba loca?

—¿Cuándo dije eso? —pregunté.

—¡Hace un mes, cuando te pasé la invitación por WhatsApp!

—¿Hace un mes?

Entonces empecé a dudar. Dana cogió mi móvil de encima de la mesita y me lo tendió.

—¡Míralo, ya verás!

—Vale, pero deja de gritar.

Cogí mi móvil a regañadientes, abrí el WhatsApp, pinché en el nombre de Dana y busqué la palabra "Halloween".

Efectivamente, la conversación era de un mes antes, me lo resaltó la app en amarillo: Dana me decía que la habían invitado a una fiesta de Halloween y me pasó la invitación en forma de imagen. Me preguntó si me apuntaba, y le dije que sí.

Maldita sea, se me había olvidado completamente.

—¡Hace un mes! —dije, gritando yo también—. ¿Y no me lo podías haber recordado?

Dana volvió a cruzar los brazos.

—Emily, no puedo ir sola, no conozco a nadie... y es una fiesta espectacular, es la mejor de la ciudad, es en el Hotel Continental, tuve que confirmar la invitación y te puse de acompañante... por favor no me dejes tirada.

Me quité la manta de cuadros y señalé mi pijama de felpa con estampado de cerditos.

—¡Mira como estoy, Dana! ¡Y no tengo disfraz!

Eso sin contar que había hecho un turno de ocho horas de pie en la tienda de ropa donde trabajaba, en pleno centro comercial, que estaba a tope porque era sábado... estaba molida. Mi idea para la noche de Halloween era quedarme vegetando un par de horas en el sofá, pedir una pizza y luego dormirme delante de la tele.

—Ya se nos ocurrirá algo.

Al final me levanté del sofá porque por mucha rabia que me diera Dana tenía razón, le había dicho que iba a ir, era culpa mía.

Así que ahora me tocaba pringar, no me quedaba otra.

Empezamos a urgar en mi mini-armario para ver si podíamos improvisar algún disfraz. Dana desenterró una falda de cuadros con tablas de no sé cuándo, le di permiso para cortarla con una tijera y la convirtió en una minifalda. Luego cogió una camisa blanca.

—¡Ya está! ¡Puedes ir de colegiala sangrienta! ¿Tienes pintura roja?

—Evidentemente, no.

Empezó a mirar a su alrededor y de repente gritó otra vez, ¡ya está!

Dana tenía demasiada energía para mí.

Cogió la copa de vino tinto que había estado bebiendo de la mesita frente al sofá y salió corriendo en dirección al baño, la copa en una mano, la camisa en otra.

Tuve un horrible presentimiento.

—¡Nooooooo! —grité, mientras yo también salía disparada hacia el baño.

Allí estaba Dana, echándome vino tinto en la camisa blanca, en el lavabo. Me eché las manos a la cabeza.

—¿Estás colgada? ¡Que eso no se quita!

—Tranqui, ya te compraré otra... es para simular la sangre.

Estaba a punto de asesinarla, así ya no teníamos que simular la sangre... con lo tranquila y a gusto que estaba yo hace un rato, tirada en el sofá.

Luego me sentó en una banqueta y empezó a cardarme el pelo, y a maquillarme. Cuando terminó, me puse la camisa manchada de vino —Dana la había secado un rato con el secador para que no tuviese que ponérmela mojada— y la falda.

—Ya puedes mirarte en el espejo —me dijo.

Tenía un espejo de cuerpo entero detrás de la puerta del baño, y allí me miré.

No me había dejado que me mirase antes, y ahora sabía por qué.

Aparte de la falda cortada con unas tijeras y deshilachada en los bajos, y la camisa manchada de vino —que olía a vino que tiraba para atrás—, me había puesto unos calcetines de deporte blancos con dos rayas, una roja y una negra, y unas zapatillas también de deporte blancas.

Todo eso sumando al pelo cardado y el maquillaje a lo Joker que Dana me había puesto hacía que diese miedo, sí, pero por las razones equivocadas.

Aquello no parecía un disfraz. Parecía que me había caído por unas escaleras, borracha. O que me había dormido con el maquillaje puesto, borracha. O que me había puesto el uniforme de la escuela de mi hermana pequeña. Borracha.

El vino no parecía sangre, parecía vino. Y olía a vino, además.

—Yo no voy a salir así a la calle.

—Que sí, que estás muy bien —dijo Dana, sin hacerme caso, mirando la hora en el móvil, nerviosa.

—Me voy a congelar, llevo las piernas al aire.

Suspiró y fue hasta mi armario. Me lanzó mi abrigo de plumas negro que me llegaba hasta los pies.

—Ponte esto para el camino, allí dentro no vas a pasar frío, tienen calefacción.

Se me acabaron las excusas y me di por vencida.

—Pagas tú el Uber —dije, enfurruñada, mientras me metía dentro de mi plumífero gigante.

—Que sí, pesada. Vámonos, que no quiero llegar tarde.

ASÍ QUE ALLÍ ESTABA: en una fiesta de postín, en el hotel más lujoso de la ciudad, intentando

pasar desapercibida y que nadie se fijase en mí y en mi "disfraz".

Me quedé en una esquina, apoyada en la pared al lado de unas cuantas calabazas, con una copa en la mano.

Si se me acercaba otro vampiro señalándose el cuello y diciendo "muerte aquí" me iba a tirar por la ventana. Además, ¿no debería ser al revés? ¿No eran ellos los vampiros? Daba igual, no iba a encontrarle la lógica.

Me estaba aburriendo como una ostra.

No quiero ir sola, había dicho Dana, que no conozco a nadie en la fiesta. Tía, pues a alguien conocerás, porque no la había visto en toda la noche.

Durante la primera media hora había venido cada cinco minutos a intentar rescatarme, luego se cansó y no vino más. No la culpaba. Estaba de un humor de perros.

Y tampoco quería pasarme la fiesta pegada a ella, porque si mi no-disfraz era horrible, al lado del suyo —que era comprado y se había gastado una pasta, me había confesado por el camino— era todavía peor. Al lado de Dana hacía todavía más el ridículo. Si eso era posible.

SE ME ACERCÓ OTRO TIPO. Llevaba un traje negro con camisa blanca abierta en el cuello un par de botones, sin corbata... era alto, por lo menos uno noventa, o uno ochenta y pico, y el traje le quedaba perfecto, como a un modelo de catálogo. Tenía un antifaz negro atado en la parte de atrás de la cabeza. Miró hacia la multitud por encima de su hombro mientras avanzaba: tenía pinta de que él también venía huyendo a ocultarse en la misma esquina que yo. Teniendo en cuenta que me sacaba una cabeza, era normal que no me viese hasta que estuvo tan cerca de mí que casi se tropezó conmigo.

Me vio de repente y dio un respingo.

Genial. Lo que me quedaba para rematar la noche. Asustar al tipo más atractivo que había visto en la fiesta, y en mi vida en general.

—Hola. Perdona, no te había visto —dijo, con una voz grave, como de terciopelo... o de dormitorio. Olía bien, con uno de esos perfumes masculinos que solo pude apreciar porque estaba a dos centímetros de mí. Se separó un poco y me miró de arriba a abajo.

—¿De qué vas disfrazada?

Suspiré. No tenía ganas de darle conversación a nadie, pero tampoco quería ser antipática. Y estaba un poco aburrida de estar sola, también.

—Voy de "me han traído a la fiesta a última hora y no tenía disfraz".

Sonrió un poco y me fijé involuntariamente en sus labios: gruesos, sobre todo el inferior... perfectos y mordibles. Entre eso y la barba de tres días, y los ojos claros —con aquella luz no se apreciaba el color exacto— de pestañas espesas, me quedé un momento sin palabras. Sacudí la cabeza para despejarme.

Señalé mi atuendo con las manos.

—La idea era colegiala sangrienta.

En vez de una colegiala sangrienta, parecía que era una colegiala que había tenido un accidente con el vino.

Que era exactamente lo que había pasado.

—¿Y tú? ¿De qué vas disfrazado? —pregunté, porque aparte del antifaz no había nada más que indicase disfraz o intento de disfraz en toda su persona.

Entonces sonrió, y tenía una sonrisa blanca, perfecta, de actor de Hollywood... si no fuera por los colmillos de los lados.

Di un salto hacia atrás.

—Son de pega —dijo, y sí, mi cabeza me decía que eran de pega, pero eran... demasiado realistas.

—Son demasiado realistas —le dije. La mayoría de los tipos del "muérdeme" que se me habían acercado tenían esas dentaduras de plástico que casi no se entiende lo que dices y tienes que sacártelas para hablar, a riesgo de escupir constantemente a la persona con la que estás hablando.

—Esa es la idea —dijo, y me quedé esperando un instante, a ver si me decía también lo de muérdeme o muerde aquí y ya podía morir allí mismo. Aunque pensándolo bien, si aquel tipo me decía muérdeme, igual me daba por hacerlo...

No dijo nada. Suspiré.

—No parece que tengamos mucho espíritu de Halloween ninguno de los dos —dije. Se encogió de hombros.

—No. A mí también me han arrastrado.

Sonreí y bebí un sorbo de mi cóctel sangriento.

—No me lo digas: un amigo que no quería venir solo.

—No exactamente—se quedó mirando un instante su copa y luego levantó la vista—.

Mi novia.

Era curioso: llevaba hablando con el desconocido menos de diez minutos, y podía escuchar perfectamente el ruido que hacían todas las ilusiones que me había hecho al estrellarse contra el suelo.

Que no serían muchas, después de diez minutos, pensaría cualquiera: pues no. Me había hecho ilusiones, sí señor. Y no pocas.

Bueno, da igual, pensé. Además, era obvio: ese tipo, con esa pinta, no iba a estar soltero y sin compromiso. Qué me esperaba de la vida.

Y aunque hubiese estado solo, tampoco habría tenido ninguna posibilidad con él, con todas las mujeres espectaculares que nos rodeaban y que no le llegaban por el hombro ni se habían "disfrazado" con lo primero que se les había caído al abrir el armario, como yo.

Le sonreí, porque por qué no iba a hacerlo: era simpático y me había hecho compañía un rato.

Eso sí: había llegado la hora de huir como una comadreja.

—Creo que ha llegado la hora de que tire la toalla y abandone la fiesta...

—¿Te vas ya?

El tipo pareció decepcionado. No sé por qué, teniendo en cuenta que había ido a la fiesta con su novia que seguramente sería una modelo de fama internacional, mediría dos metros y entraría en una talla 34. Además de ser inteligente y una diosa en la cama.

O al menos en mi imaginación era así.

—Sí, creo que ha llegado el momento de que asuma mi fracaso de noche—. Esta vez intenté sonreír pero me salió una mueca—. Encantada de conocerte...

Dejé la frase en el aire.

—Matthew. Matt.

—Matt —dije, y empecé a andar.

—¿Y tú eres...?

Giré la cabeza y sonreí.

—Emily.





Antes de pedir el Uber —o intentar pedirlo, en una noche como aquella tenía suerte si encontraba la forma de llegar a casa— decidí entrar al baño. No sabía cuánto tiempo iba a tener que esperar en la acera, o si iba a tener que andar hasta la siguiente estación de metro o autobús.

Empujé la pesada puerta de madera. Los baños eran pijos, como el resto de la fiesta: enormes, con encimeras de mármol beige y uno de esos bancos acolchados para sentarse en la mitad, entre las dos filas de lavabos.

No había mucha luz: lo habían decorado con hileras de bombillas rojas colgando del techo y telarañas en los bordes de los espejos.

Me miré en el espejo y agradecí la falta de luz: dios, tenía una pinta horrorosa. El pelo enredado y cardado saliendo en todas direcciones, el maquillaje horrible, con la máscara de pestañas corrida y manchas de pintalabios rojo a ambos lados de la cara, como si fuese Joker... daba miedo, mucho miedo. Vale que esa era la idea, pero llevaba un rato hablando con el dios del traje negro, y el resto de mujeres de la fiesta no llevaban maquillaje horripilante, llevaban un maquillaje perfecto, además de sus disfraces de "vampiresa sexy", "zombie sexy", "enfermera sexy", "bruja sexy", "lo-que-fuera sexy".

En fin, daba igual. Me lavé las manos y con un trozo de papel del dispensador me limpié un poco lo peor de la cara.

Tenían unos jaboncitos naranjas en forma de calabaza súper chulos al lado del lavabo, metidos en bolsitas de celofán transparentes. Estaba pensando en cuántos podían caberme en los bolsillos de la falda cuando empecé a oír gemidos detrás de una de las puertas cerradas de los retretes.

No por dios, ¿en serio? Una pareja follando en uno de los cubículos... ¿de verdad que no había otro sitio más que el baño?

—Aaaaaah... ah ah ah ah.

—Mmmm, Melisa...

Los aes pertenecían a una mujer, la segunda voz era de hombre.

—Ooooooh, Bob... —gritó la mujer de voz chirriante. De verdad, sonaba como la bisagra de una puerta a la que le falta aceite—. Bob, qué bien lo haces...

Madre mía, no se podía ser más falsa. Si el tal Bob la creía, es que era idiota.

—Vente a casa conmigo —dijo el hombre, casi sin resuello.

—No puedo, he venido con Matthew...

—Vámonos y le mandas un mensaje diciendo que te dolía la cabeza y que te has ido... como las otras veces.

¡Joder! Me quedé paralizada mirándome al espejo y escuchando la conversación de besugos —y lo que no era conversación— de la pareja detrás de la puerta.

Bueno, no iba a precipitarme, igual su novio Matthew no era el mismo con el que yo acababa de hablar... era un nombre común. En la fiesta había por lo menos 200 personas. Habría seguramente una docena de Matthews, si no más. Podía ser cualquiera.

—Le estaría bien —dijo la mujer de voz chillona—, por presentarse con un antifaz y esos ridículos colmillos.

Vale, duda despejada.

Después de eso ya no hablaron más y se concentraron en el tema. Cuando empezaron a gemir de nuevo y a dar grititos —acompañados de golpes rítmicos en la puerta— me olvidé de los jabones y de mi maquillaje y salí de allí corriendo.

Para toparme de frente con Matthew justo en la puerta.

ME CHOQUÉ con él y me sujetó de los antebrazos para que no me cayera al suelo.

—¿Hay un incendio en alguna parte? —preguntó, con su sonrisa maravillosa, colmillos incluidos.

—No... no.

Le miré con los ojos muy abiertos, sin saber qué decir. Una sensación nueva para mí, que con mi diarrea verbal lo normal era que metiese la pata constantemente. Aunque la noche era joven, podía meterla perfectamente. En ese mismo instante, además.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

En la puerta del baño de mujeres, quería decir.

—Te he seguido hasta el baño.

Vale, alarma de colgado. No lo parecía a simple vista, pero un tipo que te sigue hasta el baño y que encima lo reconoce alegremente... no.

Me separé un paso de él y casi me volví a dar con la puerta cerrada del baño.

—Me he dado cuenta de que igual no tenías cómo irte de la fiesta, me has dicho antes que habías venido con tu amiga... igual podía llevarte a alguna parte, o ayudarte a encontrar taxi.

Vale, esa era una explicación.

Entonces me di cuenta de que la situación era delicada: estábamos justo en la puerta del baño y en cualquier momento iba a salir su novia con el tipo que se acababa de tirar. Tenía que sacarle de allí, pero no se me ocurría cómo.

Piensa, piensa, piensa.

—¿Te pasa algo? —preguntó, con el ceño fruncido. Supongo que por fin se había dado cuenta de que le estaba mirando con cara de horror en vez de escucharle.

—¿Eh? No—. Miré a un lado y a otro, buscando una salida—. Estoy pensando que igual

no me voy todavía... ¿puedes acompañarme a...

Iba a decir a por una bebida, pero mi frase se quedó cortada a la mitad cuando se abrió la puerta del baño detrás de mí.

Vi cómo Matt miraba por encima de mi hombro para ver quién salía del baño, y cómo le cambiaba la cara.

Levantó las cejas hasta casi la raíz del pelo.

Me di la vuelta.

Había llegado la hora del espectáculo.

TENÍA YO RAZÓN, al final, en lo de la novia súper modelo. Bueno, a lo mejor no era modelo, pero la tal Melisa era una rubia espectacular, con ondas y ondas de pelo rubio perfecto cayendo en cascada sobre sus hombros y espalda. Que tenía un cuerpo de infarto era obvio, porque llevaba un vestido rojo, ajustado, que tenía la misma extensión de tela que una servilleta.

El vestido apenas le tapaba la entrepierna, por abajo, y la mitad de los pechos, por arriba... era de lentejuelas rojo oscuro, y lo complementaba con unos zapatos de tacón de aguja también rojo brillante y en el pelo una diadema con dos cuernos, también roja.

Ah, diablo sexy. Ese era el disfraz, supongo. Era curioso lo de la diadema de cuernos, estaba en la cabeza equivocada, pero no dejaba de ser curioso.

—¡Matty! —chilló la mujer.

Vale: tendría un cuerpo y una cara de escándalo, pero la voz era chillona y horrorosa, como pasar las uñas por una pizarra. Bueno, la voz y por lo que podía adivinar, así a ojo, después del episodio del baño, la personalidad.

Mirando la cara de Matthew me di cuenta en un instante, sin conocerle mucho (solo desde hacía diez minutos), de que odiaba lo de Matty.

Por fin me fijé en el hombre que había salido con ella del baño —era difícil fijarse en él, toda la atención la succionaba aquella mujer, era un espectáculo subido en tacones—: el tipo no estaba mal en sí. No era feo, no era bajito, no estaba gordo ni calvo... era del montón. Pero cuando lo comparabas con el dios que tenía yo al lado, era como comparar un MacDonalds con un restaurante de cinco tenedores.

No me jodas, aquello era engañar por engañar.

—Bob —dijo Matt secamente, inclinando la cabeza en la dirección del tipo, que había empezado a sudar profusamente. O igual ya salía sudando de las actividades del baño, quién sabe.

O sea que encima le conocía. Esperaba que no fuese amigo suyo. Había que tener poca clase.

Me sentía bastante fuera de lugar allí, como si estuviera viendo un reality en directo. Me faltaban las palomitas.

Entonces Melisa empezó a hablar y aquello se puso todavía más interesante.

—Matty... no es lo que parece.

Qué curioso, cada vez que alguien decía eso, era exactamente lo que parecía.

—Se me haroto la cremallera del vestido y... Bob me estaba ayudando y... pasaba por

aquí pero no teníamos con qué arreglarla...

Alguien tenía que decirle a esa mujer que las excusas mejor una a una, que todas apelotonadas eran menos creíbles. Aunque si eran tan absurdas como esas, la verdad es que daba igual...

Me estaba dando hasta pena. Tenía ganas de ponerle la mano en el hombro y decirle, déjalo. Ni te esfuerces.

—¿En serio, Melisa? —preguntó Matt.

—¡En serio! —respondió ella, con los ojos muy abiertos, sin darse cuenta de que la pregunta de Matt era irónica/sarcástica.

Entonces Matt me miró a mí, y qué ganas de tenía de llegar a un sitio con luz para ver de qué color eran sus ojos, porque eran claros pero no sabía de qué color y empezaba a tener una necesidad vital de saberlo.

Como iba diciendo, Matt me miró en una pregunta muda, y yo negué lentamente con la cabeza. A ver, yo había estado dentro del baño. Y no le iba a mentir.

Había intentando llevármelo de allí antes de que saliesen para que no se tropezase con el pastel, no para que siguiese viviendo en la ignorancia. No sé si me explico.

Le puso una mano en el hombro a Bob, que se sobresaltó como si esperase un puñetazo o algo.

—Bob, toda tuya. Te acompaño en el sentimiento.

El tipo puso cara de circunstancias y miró de reojo a Melisa, yo creo que lo de "toda tuya" le había acojonado, porque una cosa es un aquí te pillo aquí te mato en un baño, y otra tener que mantener una conversación con la tal Melisa, cosa que no parecía fácil. A simple vista.

—¡Te vas a arrepentir! —dijo la tipa, mientras enlazaba su brazo con el de Bob.

El hombre empezó a entrar en pánico, miraba el brazo de Melisa entrelazando el suyo, luego la miraba a la cara, luego a mí, luego a Matt, luego con esperanza hacia la salida, y me daba la impresión que el que se estaba arrepintiéndolo era él.

—No creo —dijo Matt. Luego me miró—. Vamos.

Se dio la vuelta y empezó a andar, y sin acordarme ya de nada ni de nadie, sin una mirada de despedida a Melisa y Bob, me di la vuelta y seguí a Matt de vuelta a la fiesta, sin pararme a pensarlo.

Matt me había dicho vamos, y para mí era suficiente para seguirle al fin del mundo. Sin preguntar.





—¿Estás bien? —pregunté cuando llegué a su altura, intentando hacerme oír por encima de la música. Estábamos de nuevo en el meollo de la fiesta, y tenía que reconocer que empezaba a cansarme tanto murciélago colgando y tanta bebida rara. Además, se estaban empezando a notar los efectos del alcohol, y aquello parecía estar degenerando de forma importante. De repente la gente hablaba más alto, se reía más alto, y el suelo empezaba a estar ligeramente pegajoso.

Matt se giró hacia mí, y por un momento tuve miedo de que se hubiese olvidado de que estaba a su lado. Hasta que me sonrió.

—Mejor que nunca.

—Hum... no quiero ser aguafiestas, pero tu novia te acaba de poner los cuernos.

—¡Sí, con Bob! —dijo alegremente, subiendo la voz para que le escuchase por encima de la música.

Le miré con el ceño fruncido.

—¿No te importa?

—¿Estás de broma?—. Cogió a voleo un par de flautas de champán de la bandeja de un camarero que justo pasaba a nuestro lado—. Vamos a brindar.

Su euforia era contagiosa, y no pude evitar empezar a sonreír yo también, de oreja a oreja.

—¿Por qué?

—Por un Halloween libre de Melisa. Mejor dicho —levantó la copa hasta chocarla con la mía—. Por una vida libre de Melisa.

De todas formás insistí. Le puse una mano en el brazo.

—¿Estás seguro de que estás bien?

Quién sabe, igual se estaba haciendo el feliz porque estaba en modo negación.

—Segurísimo. Pero me jode haber pagado por la fiesta. Me la podía haber ahorrado. Y también me podía haber ahorrado estar aquí: si no hubiese dado la fiesta, no tendría que haber venido y haberme puesto estos colmillos falsos, que son ideales para masticar canapés...

Casi se me salió el champán por la nariz.

—¿Esta es tu fiesta?

¿Esa era su fiesta? ¿SU FIESTA?

Se encogió de hombros.

—En realidad es la fiesta de Melisa, pero la factura me va a llegar a mí.

¡Madre de Dios! Vale, el traje cantaba pasta a distancia, pero una cosa era que llevase un traje caro... y otra era aquella pedazo de fiesta, con comida y bebida gratis y toda aquella decoración, en un hotel de lujo.

Si el traje cantaba a pasta, aquella fiesta cantaba a millonario.

Tenía que preguntarlo. No podía quedarme en ese sinvivir.

—¿Eres millonario?

Echó la cabeza hacia atrás y empezó a reírse a carcajadas, y sinceramente, en aquel momento daba igual cuánto dinero tuviese o no tuviese, porque me pareció el hombre más atractivo del mundo.

—No —respondió por fin—, pero Melisa parece creer que sí... eso sí, no me puedo quejar. Te diré quién sí es millonario de verdad: Bob.

Ya sabía yo que allí había gato encerrado. Nadie en sus cabales le pone los cuernos a un hombre como Matt con el tipo del baño.

Bueno, nadie en sus cabales le pone los cuernos a Matt, punto.

—¿De verdad que no estás afectado? —volví a preguntar, para asegurarme—. ¿Cuánto llevabas con ella?

Se quedó pensando un instante.

—Un par de meses, o tres... pero no era serio.

Traducción simultánea: me la estaba tirando hasta que me cansase de ella, pero ella decía que era su novio y para que no se llevase un disgusto le seguía la corriente.

—Te lo digo en serio —dijo Matt—, me da igual con quien se líe Melisa, no me importa en absoluto... ¿Qué puedo hacer para que me creas?

En realidad ya me había convencido, pero la posibilidad de retarle a algo era muy tentadora. Qué le voy a hacer: tengo diez años mentales.

Tomé un sorbo de mi copa y me quedé pensando un segundo, con una sonrisa maléfica, mientras pasaba la vista por el resto de la fiesta.

—Tienes que bailar con la mujer que tenga el disfraz más pequeño de la fiesta—. Levanté el dedo índice—. Sin contar a Melisa.

Tenía que matizar, porque estaba segura de que el disfraz más pequeño de la fiesta era el de su exnovia, exrollo, exloquefuera.

Matt asintió con la cabeza, serio.

—Reto aceptado.

Empezó a navegar entre las personas de la fiesta, con la copa de champán en la mano, mientras yo le seguía a una distancia prudencial.

Y sorprendentemente, sí: había gente en aquella fiesta con menos ropa que Melisa. En menos de un minuto había encontrado a una.

Le vi empezar a bailar con una mujer que llevaba puesto una especie de bikini dorado. En serio: en noviembre. La parte de arriba eran dos triángulos sujetos con cuerdecillas y buena voluntad, y la parte de abajo... se me salieron los ojos de las órbitas.

¡La parte de abajo era un tanga! También dorado, eso sí, a juego de la parte de arriba, que no pareciese que había salido de casa en ropa interior... Llevaba una falda de tela transparente encima, pero daba igual: tenía el culo fuera. Era la triste realidad.

El resto de su cuerpo también era dorado, se había embadurnado de una especie de loción o pintura para cuerpo dorada de pies a cabeza.

Ni idea de qué iba el disfraz, quién o qué se suponía que era. Supongo que su disfraz podía resumirse en "tengo un cuerpo perfecto: mírame".

Me partí de risa viendo cómo Matt no sabía dónde poner las manos, y cómo intentaba resistirse al ataque de la mujer dorada. Gracias a dios la canción acabó pronto y pudo zafarse y llegar hasta mi lado.

—Joder —dijo, mientras se sacudía la pintura dorada que se le había pegado en el traje.

Empecé a reírme a carcajadas.

—Yo no le veo la gracia —dijo, pero lo dijo sonriendo de oreja a oreja—. De todas formas, me alegra que te parezca gracioso, porque ahora me toca a mí. Mmmm...

Se puso a pensar, el dedo en la barbilla, mientras miraba alrededor, y me quedé mirándole, embobada.

Se había quitado el antifaz después del episodio en la puerta del baño, y ahora podía admirarle sin ningún tipo de barrera. Dios, era realmente guapo, con la mandíbula definida, el pelo color chocolate, los labios gruesos, la barba de un día... solo me faltaba saber el color de los ojos.

—Tienes que bailar con el tipo que tenga el disfraz más horrible —dijo por fin—. Quitando el tuyo, claro.

Iba a ser difícil, porque en general la gente —a excepción de yo misma, la mujer dorada, y Matt— se había currado bastante los disfraces. Bueno, "se había currado" era un decir, porque era obvio que eran todos comprados.

Acepté el reto y empecé a moverme entre la gente. Antes me había parecido ver a alguien que llevaba una sábana con dos agujeros para los ojos, pero se había tropezado consigo mismo y se lo habían llevado los amigos en volandas, se había roto la nariz o algo. Mmm... seguí buscando y encontré al candidato ideal: una caca con ojos que estaba hablando con una caperucita.

El disfraz era de gomaespuma marrón, y abultaba una barbaridad. El tipo estaba metido dentro, y le sobresalían los brazos —desde el codo— y las piernas —desde la rodilla— del disfraz. Se había puesto unos leggins marrones y una camiseta de manga larga también pegada de color marrón, a juego con la caca de gomaespuma.

Era horroroso todo.

Me acerqué a ellos, le pregunté a la caperucita —caperucita sexy, cómo no— si le importaba que bailase lo que quedaba de canción con su amigo/pareja/persona con la que estaba hablando, que era para una apuesta, y me dijo que no, así que fui a ello.

Bailé con la caca con ojos, que había que reconocer que era un espectáculo digno de ver, intentando mover los brazos y las piernas al ritmo de la música. No podía dejar de reírme. Tenía una ventaja, y era que no podía atosigarnos la gente, porque el disfraz del tipo abultaba un montón, y la gente tenía que dejar espacio a nuestro alrededor si no

quería tropezarse con él.

Terminó la canción, le di las gracias a la caca con ojos y le devolví con su caperucita, y yo volví a juntarme con Matt, que tenía los ojos brillantes de risa.

—Me quito el sombrero —dijo, cuando llegué a su lado—. Su disfraz era realmente más horrible que el tuyo. Y mira que es difícil.

Cogí la copa de champán que me tendía. Había cogido dos copas nuevas, heladas, mientras yo estaba bailando, y me la bebí de un trago de la sed que tenía.

—¿Y ahora qué? —dijo Matt.

—¿Qué de qué?

—¿Cuál es el siguiente reto? —preguntó, sonriendo.

No sabía cómo habíamos llegado a aquello de los retos, cuando —si no me equivocaba— todo había empezado con Matt intentando convencerme de que pillar a su novia con otro en los baños no le había afectado.

De todas formas me daba igual cómo hubiese empezado aquello, porque me estaba divirtiendo. Quién me lo iba a decir, cuando hasta hace solo un rato estaba deseando irme de allí.

Empecé a pensar, y dije lo primero que se me ocurrió. Sí, se me veían las intenciones. Y no: no me importaba.

—Tienes que besar a una mujer al azar.

—¿Al azar?—. Levantó las cejas, sonriendo ligeramente—. ¿No tiene que tener un disfraz especial... ni nada en particular?

—No —contesté, y me empezó a latir el corazón a mil por hora.

—¿Puede ser la primera mujer que vea? ¿O la que más cerca esté?

Asentí con la cabeza. Había perdido la capacidad de hablar en ese momento.

¿Se estaba acercando? Oh sí, se estaba acercando a mí peligrosamente, y ya cuando podía oler su colonia maravillosa y estaba a punto de cerrar los ojos y ponerme de puntillas —para ayudarle a salvar la distancia, porque con la diferencia de altura se iba a romper el cuello—, pasó de largo.

Paró a una mujer vestida de bruja que cruzaba la fiesta con una amiga, justo detrás de mí. Le dijo algo al oído. La mujer empezó a asentir con la cabeza exageradamente, parecía que se le iba a desencajar, y Matt la besó.

No un beso corto, no un roce de labios, o un beso de con la boca cerrada, no: un beso con lengua, largo, con ladear de cabezas y con poner la mano en la nuca y con todo.

Cuando acabó, Matt le guiñó el ojo, y la mujer se quedó en el sitio, tambaleándose. Se la tuvo que llevar su amiga cogida del brazo, supongo que a echarle agua en la cara o algo.

Luego Matt se dio la vuelta y me guiñó el ojo a mí.

Oh, sabía lo que había hecho.

Lo sabía perfectamente.

—Ahora te toca a ti —dijo, bebiendo un sorbo de su copa de champán, que no había soltado en ningún momento.

Yo también sabía jugar, qué se pensaba. Tenía cero ganas de besar a un desconocido, pero no le iba a dar la satisfacción de besarle a él.

Avancé tres pasos y me encontré con uno de los tipos disfrazados de vampiro que parecían reproducirse como champiñones. El 75% de los hombres de aquella fiesta eran vampiros. Qué poca imaginación.

Se señaló el cuello.

—¡Muerde aquí!

Oh por el amor de dios. Me terminé la copa de champán de un trago y me acerqué a su cuello a la velocidad de la luz. Posé los labios medio segundo, lo justo para hacer el ruido de muac, y me alejé corriendo.

El tipo se quedó parpadeando, sin saber muy bien lo que había pasado.

—¿Eso es un beso? —dijo Matt, levantando una ceja.

—No hemos especificado. Y yo no le voy a plantar un beso de tornillo al primer tipo que pase a mi lado, la verdad —dije, picada.

Volvió a sonreír, como si la situación fuese divertidísima. Empezaba a acostumbrarme a los colmillos, y lo que era peor, empezaban a gustarme.

Yo creo que se había olvidado de que los llevaba puestos.

¿Y ahora qué? No podíamos pasarnos la noche haciendo el idiota. Ese último reto no me había molado nada, sobre todo porque me había salido mal.

Necesitaba más champán.

Como si me hubiese leído el pensamiento, Matt me cogió la copa vacía, la dejó en una bandeja de un camarero que pasaba, cogió otra copa llena y me la puso en la mano.

La resaca que iba a tener al día siguiente iba a ser brutal.

—Vale. Tengo una idea para el siguiente reto —dijo Matt.

—Dispara.

—Estamos en uno de los salones de eventos del hotel, en la segunda planta. Encima de nosotros hay solo habitaciones. ¿Qué te parece si...?

Dejó de hablar

—¿Qué?

—No sé —dijo, y parecía incómodo—. Es un reto un poco... atrevido. Peligroso, incluso.

En circunstancias normales lo habría dejado ahí, pero habíamos bebido bastante champán, a mí se me había olvidado exactamente el número de copas, y eso me hizo decir lo siguiente:

—No hay que ser tan gallina, Matt. Dime lo que sea. Si tú no te atreves, lo hago yo sola.

—¿Gallina?—. Sonrió un poco, de lado—. Está bien. Pero tenemos que hacerlo juntos. Y una vez que lo diga en voz alta, ya no puedes echarme atrás.

Crucé los brazos sobre el pecho.

—No pienso echarme atrás. ¿Y por qué no voy a echarme atrás? Porque no soy tan gallina como tú...

Estuve a punto de empezar a agitar los brazos doblados por los codos y a decir "co-co-cococo", tal era la cantidad de champán que tenía en el cuerpo.

Menos mal que no lo hice.

Matt me cogió de la mano y me llevó hacia la puerta.





Era curioso lo rápido que se me pasó la borrachera, o el puntillo, o lo que fuera que me hubiese generado doscientas copas de champán, cuando salí de la fiesta y dejé de estar rodeada de música a tope y gente hablando en voz alta.

En aquel momento, en el pasillo silencioso de la tercera planta, mirando las puertas de las habitaciones a uno y otro lado, con su plaquita dorada con el número de habitación, no podía quitarme de encima la sensación de que estábamos a punto de meternos en problemas.

Matt me había contado su reto por el camino: teníamos que ir probando puertas de habitaciones para ver si dábamos con una que estuviese abierta.

Si estaba abierta —y si no había nadie dentro, claro— teníamos que atrevernos a entrar.

Y pasar cinco minutos dentro.

Ese era todo el reto.

Podía parecer una tontería, como reto, además, nunca en mi vida me había encontrado ninguna puerta de habitación de hotel abierta (tampoco es que hubiese ido probando una a una, la verdad, ni que tuviese mucha experiencia en habitaciones de hotel), pero ahora tenían todas esas tarjetas-llave y se cerraban automáticamente solas al salir, así que bueno.

Por otro lado, tenía una especie de bola de excitación en la parte baja del estómago, de estar haciendo algo prohibido y atrevido.

Pero por otra parte, en mi cabeza no dejaba de sonar allanamiento de moradaaaaaaa con tono ominoso.

¿Qué hacer, qué hacer?

Antes de que me diese tiempo a decidirme, Matt se me había adelantado y estaba probando las puertas de la derecha.

¡Joder! Vale, empieza el juego.

Respiré hondo y me puse a probar las puertas de la izquierda.

HABÍA PROBADO YA unas cuantas y todo aquello empezaba a parecerme una estupidez. Matt me había adelantado tres o cuatro puertas cuando fui a coger el picaporte de la siguiente y me di cuenta no estaba cerrada del todo. Lo parecía, no se apreciaba a simple vista, pero estaba solo entornada: simplemente había que empujar con la palma de la mano para abrirla.

Podía ser que la limpieza de habitaciones la hubiese dejado así aquella mañana, por error. O también podía ser que alguien se hubiese olvidado de cerrarla del todo y la corriente la hubiese juntado al marco, sin cerrarla...

El caso era que lo había hecho: había encontrado una puerta abierta. Ahora solo tenía que entrar y pasar cinco minutos dentro, y prueba superada.

Matt se dio la vuelta para mirarme cuando tenía ya la palma de la mano apoyada en la puerta.

—He encontrado una abierta —susurré.

Le vi negar con la cabeza, con cara de horror, pero tomé aire y empujé la puerta de todas formas.

La única luz que había en toda la habitación era la de una lamparita encima del escritorio, pero eso no quería decir que estuviese ocupada: normalmente siempre había alguna luz que se encendía cuando uno abría la puerta de una habitación de hotel por primera vez.

Si aquella se había quedado abierta, era normal que tuviese una luz encendida.

Avancé un poco sobre la moqueta mullida. No era una habitación normal —dudaba mucho que aquel hotel de lujo tuviese "habitaciones normales"—, era bastante grande, con una puerta cerrada en el vestíbulo —supuse que era el baño—, una cama inmensa, mucho más grande que de matrimonio, cuadrada, por lo menos de 2x2 metros. Luego estaba la zona de estar, con una par de sillones modernos y una mesa de centro. También había un escritorio con una cafetera de cápsulas, hervidor, bolsitas de té, tazas y toda clase de cosas, un mini frigorífico que supuse contendría el minibar y un tocador.

Aunque lo mejor era el armario, enorme, empotrado con puertas correderas de espejo. Estaba abierto, y se podía ver el interior, vacío. Más que un armario era un vestidor: tenía suficiente fondo para que una pudiese meterse dentro a revolver. Lo dicho: el armario perfecto.

Las ventanas ocupaban todo el frontal de la habitación, pero las cortinas de suelo a techo estaban corridas.

Matt entró detrás de mí y volvió a juntar la puerta. Yo estaba ya en el centro de la habitación, mirándome en el espejo del armario, y me miró horrorizado.

—¿Estás colgada? —susurró, haciendo gestos con las manos para que fuese hacia la puerta.

Le miré asombrada.

—¿Por qué? ¿No se suponía que esto era lo que teníamos que hacer?

Seguíamos susurrando, no estoy muy segura de por qué, porque era obvio que la habitación estaba vacía.

—Vámonos de aquí, antes de que vuelva el dueño de la habitación. —dijo.

—No hay nadie, Matt.

La cama estaba hecha, impoluta, se notaba que no la había tocado nadie desde que habían hecho la habitación aquella mañana. No había maletas, ni ropa, ni zapatos, ni nada fuera de su sitio.

Las cortinas estaban cerradas, tal como las suelen dejar por la mañana el servicio de limpieza de habitaciones.

Era obvio que no había nadie.

Matt se acercó a mí.

—Vale —seguía susurrando, no entendía por qué—. Has ganado: has encontrado una puerta abierta y has entrado. Vámonos de aquí. Ya.

—Pero todavía no han pasado cinco minutos...

Justo en ese momento, oímos el sonido de la cisterna del retrete, al otro lado de la puerta cerrada que había en el vestíbulo.

La puerta cerrada era el baño.

Y había alguien dentro.

Matt y yo nos miramos, horrorizados, parados en medio de la habitación, sin saber qué hacer.

LUEGO ME DI cuenta de que podíamos haber hecho un montón de cosas: podíamos haber intentado llegar hasta la puerta... si nos hubiesen pillado, podríamos haber dicho que nos habíamos confundido de habitación. Matt, con ese traje y esa pinta y esa seguridad en sí mismo, podía convencer a cualquiera de cualquier cosa. Podíamos haber hecho varias cosas, en definitiva, pero se nos ocurrió la más estúpida.

Meternos en el armario.

En serio. Nos habíamos abalanzado al interior del armario vacío. Había una zona con baldas, pero la otra mitad tenía una barra para colgar vestidos largos, y ahí era donde estábamos ahora mismo. Cerramos la puerta corredera justo cuando una mujer en albornoz, con una toalla pequeña enrollada en la cabeza, apareció en escena.

Tuve un momento de pánico porque me di cuenta de que podía ver la habitación perfectamente, aunque algo oscurecida, y entonces me di cuenta de que las puertas de espejo eran transparentes por ese lado. O sea, por el exterior las puertas del armario correderas eran de espejo, pero desde dentro se podía ver perfectamente. Supongo que quien las había puesto así no esperaba que nadie fuese a meterse dentro del armario, tampoco.

La mujer llevaba lo que parecía un disfraz entre los brazos, lo puso de cualquier manera encima de uno de los sillones.

Luego sacó un móvil de entre toda la montaña de ropa y se lo puso en la oreja.

—¿Te queda mucho? —dijo.

Empezó a entrarme la desesperación. Dios mío, íbamos a quedarnos allí hasta mañana. ¿Qué habíamos hecho? Lo único bueno de todo aquello —si es que había algo bueno en aquella situación absurda— era que el armario era enorme, de suelo a techo, y Matt cabía perfectamente de pie. Estaba apoyado contra la pared, conmigo apoyada en él. Era la única forma en la que cabíamos los dos en el armario. Me había rodeado la

cintura con el brazo derecho, para pegarme todavía más a él y estar algo más cómodos —todo lo que se podía estar en esa situación—.

La mujer encendió la televisión y empezó a cambiar de canal rápidamente. Lo dejó en una especie de reality show de parejas, subió el volumen a todo trapo, soltó el mando a distancia encima de la cama y se quitó la toalla de la cabeza y el albornoz.

Obviamente, no tenía nada debajo. Acababa de salir de la ducha. Cogió un bote de crema que se había traído del baño y empezó a darse crema por el cuerpo, empezando por los tobillos y subiendo por las piernas.

Me sentía fatal, estábamos invadiendo la intimidad de la pobre mujer y ni siquiera lo sabía... pero no había escapatoria.

Giré la cabeza y susurré en dirección a Matt, ¡no mires!

Matt me puso el pulgar en los labios, en principio parecía que para callarme, pero luego me pasó el dedo por los labios un par de veces. Cuando estaba a punto de abrir la boca y atrapar su dedo con los labios, bajó la mano.

¿Qué me estaba pasando? Notaba la cara caliente y el corazón empezó a latirme un poco más deprisa de lo normal. Era el ambiente, Matt detrás de mí, el no poder movernos... no lo sé.

Pero no era nada con lo que estaba a punto de suceder.

AL DE TRES MINUTOS, cuando la mujer todavía no había terminado con la crema, apareció un tipo en escena.

Disfrazado de vampiro.

—Estaba la puerta abierta.

—La he dejado así por si llegabas mientras estaba en la ducha —dijo la mujer.

Y ahí estaba la explicación de cómo nos habíamos metido en aquel follón. Matt apretó un poco el brazo en mi cintura como para decirme, ¿ves como la habitación estaba ocupada?

Me encogí de hombros. No tenía que decirme nada que ya no supiera.

Nadie se sentía peor que yo por haber invadido la intimidad de aquella pareja... sobre todo cuando —era lo lógico, la mujer estaba desnuda— el hombre se acercó, la cogió de las nalgas y empezaron a besarse con lenguas y gemidos y con todo.

El hombre se quitó los pantalones.

—¿Qué estás viendo? —preguntó.

Quitó el reality de la tele y buscó una cadena con música.

La música estaba bastante alta —me imaginé que aquel hotel estaría insonorizado— así que podía seguir hablando Matt en voz baja, pero lamentablemente seguía oyendo los gemidos y los trozos de conversación de la pareja.

Matt bajó los labios hasta mi oído.

—Te voy a matar —susurró.

Me di la vuelta para poder mirarle.

—No ha sido a mí a quien se le ha ocurrido este juego ridículo.

Se puso un dedo en los labios, como si nos pudieran oír. Era imposible: entre la

música alta y que estaban... entretenidos, era imposible que nos oyeran.

El hombre ya estaba desnudo. La mujer se había tumbado en la cama y el hombre tenía la cara entre sus piernas, succionando alegremente. Los gritos que estaba dando la mujer eran espectaculares, lo cual me acabó de convencer de que las paredes estaban insonorizadas. Me imaginé que en un hotel de esa categoría era lo normal, de todas formas.

—¡Me corro, me corroooo! —anunció la mujer a voz en grito. Y luego hizo exactamente eso.

El hombre salió de entre sus piernas, le dio la vuelta, la colocó a cuatro patas y se puso detrás, el miembro erecto.

Noté cómo me subía el calor por la cara y se me aceleraba la respiración.

Vi cómo la penetraba, cómo su polla desaparecía entre sus nalgas, primero despacio, luego más rápido, mientras la mujer seguía chillando.

—Métemela así, cariño, así... Aaaaah... Así, qué bien qué bien, ¡más!

Era como ver una película porno en directo. No eran modelos, evidentemente, era gente de mediana edad, con sus barrigas y pelos, pero daba igual: me estaba excitando a mi pesar. No sé cuánto más iba a aguantar con aquel espectáculo a un palmo. Tenía que salir de allí pero ya.

Matt seguía teniendo su brazo alrededor de mí y estaba segura que podía notar mi respiración entrecortada.

Yo sí notaba su erección en la parte baja de mi espalda, pero evidentemente no iba a decir nada. Bastante incómoda era la situación de por sí.

La pareja seguía a lo suyo, dándole encima de la cama como si se fuera a acabar el mundo. ¿Qué le habían echado a la comida en aquella fiesta? Primero Melisa y Bob en el baño, y ahora esto.

Giré la cabeza y susurré:

—Ya no puede quedar mucho...

—No te muevas —dijo Matt entre dientes.

No me había movido apenas... solo me había girado ligeramente hacia él.

Ah, vale. La erección en mi espalda. Ahora lo entendía.

Cuando, efectivamente, parecía que no podía quedarles mucho, por la velocidad e intensidad de las embestidas y los gritos de la mujer, apareció otro hombre en escena.

Disfrazado de vampiro.





En serio, ¿cuántos vampiros había en aquella fiesta? La pareja de la cama ni se inmutó cuando apareció el hombre, así que supuse que le estarían esperando.

—Por el amor de dios —escuché susurrar a Matt detrás de mí, exasperado. Y juraría que su erección se había movido sola.

El hombre —también de mediana edad—, dejó una tarjeta llave encima de la mesita. Se acercó a la mujer, la cogió del pelo y empezó a besarla. Luego se desabrochó la cremallera del pantalón, sacó su polla erecta y se la puso en la boca a la mujer, que empezó a chupar como si le fuera la vida en ello, mientras el otro hombre seguía penetrándola desde atrás, con tanta fuerza que los pechos le botaban como si fueran pelotas de goma.

Oh dios.

Entonces fue cuando Matt movió ligeramente su brazo hasta que posó la mano derecha encima de mi pecho izquierdo. Empezó a mover el pulgar, acariciándome el pezón por encima de la blusa.

Oh dios.

Tuve que morderme la lengua para no gemir, aunque no creo que se me hubiese oído, pero bueno.

Matt bajó los labios hasta mi oído y susurró:

—¿Quieres que pare?

¿Estaba de broma?

Negué con la cabeza. Luego susurré un “no”, por si acaso.

Me desabrochó lentamente tres botones de la blusa, dejando mi sujetador al descubierto. Empezó a acariciarme por encima del encaje, seguía con el pulgar en mi pezón, y solo con eso se me empezaron a doblar las piernas.

Al otro lado del cristal, el hombre que penetraba a la mujer empezó a correrse. Salió de dentro de ella y se derramó sobre sus nalgas, entre gritos y juramentos.

Mientras, el otro hombre seguía follándole la cara, agarrándola del pelo, de la mandíbula.

Salió de su boca y se tumbó en la cama. La mujer se sentó encima de él, a

horcajadas, y empezó a cabalgarle, con energía, botando encima de él, clavándose su polla una y otra vez, como si no tuviera suficiente, como si no hubiese tenido una polla justo ahora metida en el coño, como si no se hubiese corrido un montón de veces.

El hombre que acababa de correrse le acarició los pechos, los pezones, bajó la mano hasta su clítoris.

Matt me bajó la copa del sujetador, y empezó a acariciarme el pezón con dos dedos, lo cogió entre el índice y el pulgar y empezó a retorcer suavemente y a dar ligeros tirones. Empecé a sentirlo en mi sexo, como si tuviera un cable conectando los dos sitios.

Luego deslizó la otra mano debajo de mi falda. Me acarició las nalgas, los muslos, y por fin metió la mano por dentro de mis bragas.

Estaba totalmente húmeda, entre la acción de la habitación y las caricias de Matt. Empezó a acariciarme el clítoris con los dedos. Susurró en mi oído:

—No puedes gemir... no puedes jadear, no puede oírte nadie...

Me mordí el labio hasta casi hacerme sangre.

Notaba la erección de Matt como un hierro al rojo vivo, dura y caliente en la base de la espalda, pero no podía hacer nada: no había suficiente sitio.

Solo podía dejar que hiciese lo que quisiera conmigo, solo podía dejarle hacer, dejar que me diese placer.

Empezó a morderme el lóbulo de la oreja, a pasar su lengua por mi cuello, mi nuca, y estuve a punto de volverme loca.

La mujer seguía encima del hombre en la cama, ahora más despacio, haciendo círculos con las caderas, gimiendo mientras echaba la cabeza hacia atrás. El hombre de antes —el primer hombre— fue hasta el borde de la cama y le bajó la cabeza para que se metiera su polla en la boca.

—Ah, qué bien la chupas... Mmmm, sigue, sigue hasta que se ponga dura...

Eso hizo.

Cuando salió de su boca estaba erecto de nuevo, se subió a la cama y se puso detrás de ella.

¿No iban a...?

Oh dios. Me quedé paralizada. El hombre usó su propio semen de antes para lubricarle el culo, y con el otro hombre todavía penetrándola, empujó.

Al mismo tiempo, Matt deslizó dos dedos dentro de mí.

Gemí, sin poder evitarlo, y Matt dejó de acariciarme el pezón para ponerme la mano en la boca. Lo agradecí, porque aunque era imposible que pudiesen oírme, con el festival de gritos y gemidos que tenían montado, además de la música a tope, no estaba segura de poder contenerme.

—Eso es, bonita, los dos al mismo tiempo... ¿te gusta? —dijo el hombre que estaba detrás de la mujer, embistiendo una y otra vez.

La mujer tenía la cara desencajada en una mueca de placer.

—¡Sí! Me gusta, me gusta mucho... Dadme mas, dádmelo todo...

—¡Dale bien por el culo! —gritó el hombre que estaba debajo.

—¿Te gusta que te follemos los dos a la vez, eh? Con las dos pollas dentro... mira qué bien, estás rellena de polla...

—¡Ay! Así así folladmeeeee... ¡Aaaaaah que me corroooooo!

Dios, ¿pero qué estaba viendo?

Nunca había visto nada igual, la mujer subía y bajaba y se metía las dos pollas a la vez, ¡a la vez!

—Mírala, mírala bien... mira cómo se la follan... —susurró Matt en mi oído, y añadió un dedo a los dos que ya tenía dentro de mí.

Oh dios.

La subían y la bajaban, metiéndole las pollas cada vez, las nalgas temblando... en un momento dado, el hombre que la estaba dando por el culo la azotó con la palma de la mano, y resonó en toda la habitación.

Siguió azotándola, follándole el culo mientras el otro hombre le follaba el coño, y yo, con los tres dedos de Matt entrando y saliendo dentro de mí y su pulgar presionando mi clítoris, empecé a correrme, con el orgasmo más intenso que había tenido en mi vida.

Todo fue demasiado: lo que estaba pasando justo delante de mí, lo que Matt me estaba haciendo, sus labios en mi oído...

Gemí en la palma de la mano de Matt, descontrolada, mientras temblaba y el placer me recorría de pies a cabeza.

El no poder moverme, el no poder hacer nada más que quedarme de pie mientras el placer me invadía en oleadas, lo hizo más intenso.

Cuando me calmé, Matt sacó los dedos de dentro de mí y me quitó la mano de la boca para poder sujetarme con los dos brazos y que no me cayera al suelo.

Mientras, en la habitación, el hombre que estaba detrás inclinó a la mujer sobre el hombre de debajo, y empezó a empujar, a entrar y salir, a follarle el culo duro y fuerte.

—¡Ah joder! ¡Me voy a correr, me corro en tu culo!

Y eso hizo, los dos hombres a la vez, en un fin de fiesta al que solo le faltaban fuegos artificiales.





Después de que terminaran, todo pasó muy deprisa. Tanto, que si no hubiese sido por Matt no sé qué habría hecho: no estaba en estado de pensar, tenía el cerebro nublado del orgasmo y el cuerpo de gelatina.

Matt me abrochó los tres botones de la blusa rápidamente y me colocó la falda en su sitio. El trío se fue a la ducha casi inmediatamente. En cuanto cerraron la puerta del baño Matt abrió un poco la puerta corredera del armario, y cuando oímos el agua de la ducha, salimos corriendo.

O mejor dicho, Matt salió corriendo y me arrastró con él, cogiéndome de la mano y tirando de mí, porque todavía me temblaban las piernas y no coordinaba bien.

Salimos de la habitación, cerramos la puerta detrás de nosotros y avanzamos rápidamente por el pasillo.

Fue entonces cuando se me pasó el subidón de adrenalina. Llegamos al final del pasillo, dejé de andar y me tapé la cara con las manos.

—¡Oh dios oh dios oh dios!

Matt me quitó la cara de las manos.

—Emily...

Le miré, en shock.

—¿Qué habría pasado si nos hubieran pillado? ¡Podrían haber llamado a la policía!

—Shhhh, cálmate...

—¿Cálmate?—. Tenía el corazón a mil por hora, no me iba a poder calmar en una semana. Intenté respirar hondo—. ¿Por qué, por qué hemos hecho esto? No sé quién es peor de los dos, si tú por tener la idea del reto estúpido o yo por hacerte caso y aceptarlo... oh dios, no voy a volver a beber nunca...

Matt me miró con una expresión extraña, como con cara de culpabilidad.

—¿Te digo la verdad?

—Depende... ¿me voy a enfadar?

—Jeje... ¿no?

—Suéltalo.

Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una tarjeta-llave... con un

número impreso.

—Tienes la llave de una habitación de hotel —dije—. En el bolsillo. Explicación. Ahora. Cuando me enfado hablo en morse, me como verbos y conjunciones.

—Eh... en realidad el último reto era un truco para traerte aquí arriba. Había reservado una habitación para quedarme aquí esta noche, porque estaba claro que más de una copa iba a beber y no quiero conducir, y es imposible encontrar taxi o Uber en una noche como esta...

—Al grano, Matt.

Suspiró y se pasó la mano por el pelo.

—Pensaba abrir distraídamente la puerta de la habitación con mi llave y hacerte creer que había encontrado una habitación abierta. Pero te me adelantaste, porque estás más colgada de lo que pensaba—. Levantó las dos manos, las palmas hacia arriba, como si le estuviera apuntando con una pistola (que ganas no me faltaban)—. Lo siento.

Le miré sin parpadear, con los ojos como platos.

—Te voy a matar—. Me puse los dedos en el puente de la nariz—. ¡Tú no sabes el mal rato que he pasado ahí dentro!

—¿En serio?—. Levantó las cejas—. ¿Tan malo ha sido?

Evidentemente, no me refería a sus dedos mágicos y al orgasmo. Todavía me temblaban las piernas. Me refería a la situación en general.

—Hablo de la situación —dije un poco entre dientes, porque lo último que quería en ese momento era echarle piropos.

Había una cosa que no entendía de todo aquello. Decidí preguntarlo en voz alta.

—¿De verdad crees que te hace falta recurrir a trucos para traerme a una habitación?

Metió las manos en los bolsillos, inseguro.

—No exactamente trucos, pero... no sé, una manera de facilitar las cosas. O de ser menos obvio. Luego, ya dentro de la habitación... no lo sé, Emily. No sé en qué estaba pensando. Parecía una buena idea, en mi cabeza.

Suspiré. Al final resultaba que hasta el más macizo de los macizos tenía sus inseguridades.

Y la intención no era mala. El resultado había sido desastroso —o habría podido serlo, si nos hubiesen pillado—, pero la intención no era mala.

—Matt —me acerqué a él, jugué con los botones de su camisa—. Para traerme aquí arriba solo tenías que hacer una cosa.

—¿El qué?

—Preguntar.

O chasquear los dedos, pero eso no iba a decirlo en voz alta.

Me mordí el labio inferior.

—Tengo una pregunta... tu habitación, ¿está muy lejos?

Sonrió, de lado, con una sonrisa increíblemente erótica y llena de promesas, de una manera en la que no había sonreído en toda la noche, y menos mal, o le habría arrancado la ropa en medio de la fiesta.

Alargó el brazo, metió la tarjeta en la cerradura de la puerta que tenía justo a su lado, la luz se puso verde y se abrió.

Bingo.

LO BUENO DEL episodio del armario era que podíamos saltarnos los preliminares: yo había tenido un orgasmo y estaba chorreando, Matt —si su pantalón no mentía— llevaba una erección permanente desde hacía un buen rato, así que podíamos pasar directamente a la parte de arrancarnos la ropa, tirarnos encima de la cama e insertar pieza A en agujero B. En diferentes posturas.

O habría sido así, si hubiésemos llegado a la cama.

Pero en cuanto cerré la puerta detrás de mí —Matt entró primero, no había tiempo de ser caballeroso— me empujó contra ella y me levantó la falda, tiró de mis bragas, que se rompieron en el acto, se bajó la cremallera...

Y me penetró, hasta el fondo, de una sola embestida.

—Oh dios oh sí, ¡por fin!

Me quedé sin respiración un instante.

Nos quedamos parados, Matt dentro de mí, duro y caliente, llenándome del todo, sujetándome de las nalgas contra la puerta, yo con las piernas cruzadas alrededor de su cintura.

Apoyó la frente en la mía, respirando con dificultad.

—No te muevas, Emily... no muevas ni un músculo, estoy a punto de correrme.

—¿Por qué? ¿Eres eyaculador precoz?

Me miró y parpadeó dos veces antes de responder.

—No, no me pasa nunca, es la situación. Tengo las bolas moradas desde hace un buen rato, estoy a punto de estallar... la falda que llevas, viendo tus piernas toda la noche, el trío en vivo y en directo, tu orgasmo...

Me mordí el labio. La verdad es que yo también estaba más excitada de lo que había estado en toda mi vida.

—Da igual, me da igual lo que dures, luego volvemos a empezar... fóllame contra la puerta, te necesito...

—¡Joder!—. Empezó a empujarme contra la puerta, flexionando las rodillas y embistiendo hacia arriba, golpeando en cada movimiento mi clítoris que ya estaba sensibilizado de antes, y empecé a correrme de nuevo, en el empujón cinco o seis, más o menos, gritando e intentando agarrarme a la puerta con la palmas de las manos.

Matt también se corrió, a la vez que yo, gruñendo y jadeando en el hueco de mi cuello.

Y luego nos caímos al suelo.

En realidad no nos caímos, nos deslizamos porque Matt era incapaz de seguir sujetándome en el aire, y yo era incapaz de quedarme de pie.

Así que acabamos en la moqueta del vestíbulo, Matt tirado de espaldas, respirando con dificultad, yo tirada encima de él.

—Joder —dijo, cuando fue capaz de articular palabra.

—Parece que me ha pasado un camión por encima —dije, con la voz ronca, como si hubiese estado gritando en un concierto.

—Un tren de mercancías —dijo Matt.

Levanté la cabeza que tenía en su pecho para mirarle, y sonreí. Era todo un espectáculo, con el pelo revuelto, con la camisa y la chaqueta del traje todavía puestas... Estaba prácticamente vestido, si no fuera por los pantalones por las rodillas.

Y por cierto: los ojos eran verdes. Debíamos haber encendido la luz del vestíbulo con la espalda, o se había encendido sola cuando entramos, porque nos estaban dando los focos halógenos en toda la cara.

Me di cuenta en ese momento de que me había proporcionado dos orgasmos pero todavía no me había besado.

Él debía estar pensando lo mismo, porque me deslizó para ponerme a su altura y me besó, un beso largo, erótico, con su lengua en mi boca... hasta que algo me pinchó.

—¡Ay! —grité.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó Matt, separándose.

—Los colmillos...

Emitió un gruñido de desesperación.

—Se me habían olvidado completamente.

Empezó a maniobrar para quitárselos, tirando de ellos, y me dio la risa.

—No puedo concentrarme si te ríes—dijo, pero apenas se le entendió, porque tenía los dedos en la boca.

—Te vas a hacer daño... —dije, mientras le veía tirar hacia abajo de los dientes.

Por fin salió uno, luego el otro.

—Joder, estaban súper pegados...

Hizo un amago de tirarlos por la habitación, pero al final se los metió en el bolsillo.

—No quiero que los pisemos por error —dijo.

Noté que se endurecía debajo de mí y levanté una ceja.

—¿Otra vez? ¿Tan pronto?

—Prepárate —metió la mano bajo mi falda y me agarró de una nalga —porque esto no ha hecho más que empezar...





—*M*mmm... sí, Emily, métetela hasta dentro... ¡ah, dios!

Abrí más la boca, pero era imposible.

Matt estaba desnudo, sentado en el borde de la cama, las piernas abiertas, mientras yo, de rodillas entre sus piernas, me metía y sacaba su polla dura y enorme de mi boca.

Yo también estaba desnuda, hacía tiempo ya que nos habíamos deshecho de la ropa, que estaba esparcida por todo el suelo de la habitación.

Matt desnudo era una obra de arte. Tenía músculos pero sin ser exagerado, y los abdominales en una tableta de chocolate que hasta entonces solo había visto en fotos, y en películas. Y no solo eso: era alto... y lo tenía todo el proporción. Su polla, que estaba intentando meterme en la boca —sin mucho éxito, porque, sinceramente, me faltaba sitio— era una obra de arte también: larga, gruesa... no me había dado tiempo a verla cuando me había follado contra la puerta, solo me había dado tiempo a sentirla, pero era increíble.

Estaba chupando, Matt con sus manos en mi pelo —que estaba súper enredado de habérmelo cardado, pero en fin—, increíblemente excitada y húmeda —casi estaba disfrutando yo más que él—, cuando me cogió de los brazos para que me incorporase.

—No quiero correrme en tu boca, quiero correrme en tu coño —dijo, con voz ronca.

A Matt también le gustaba hablar, le gustaba hablar mucho, le gustaba hablar sucio, y a mí me encantaba.

Me subió encima de él y me sentó en su regazo, clavándomela del todo, en un solo movimiento, hasta el fondo.

—¡Ah! Joder, Matt... espera un poco.

Me quedé un momento agarrada a sus hombros, hasta que me acostumbré a la invasión, mientras a Matt le salía el ego en una sonrisilla ladeada... estábamos ya en el tercer asalto, o el cuarto, depende de si contábamos el polvo relámpago de la puerta o no, pero todavía tenía que pararme unos segundos cada vez que me la metía antes de empezar a moverme, para acostumbrarme.

Estaba completamente empalada en él, sentada a horcajadas sobre él, las rodillas dobladas a los lados.

Matt me cogió las nalgas con las dos manos y empezó a subirme y a bajarme sobre él, lentamente: luego subió un poco y me soltó de golpe.

Empecé a ver las estrellas, otra vez. Había perdido la cuenta del número de orgasmos; estaba disfrutando como nunca.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Joder!

—Eso es lo que estoy haciendo, joder... y lo que voy a hacer toda la noche.

Empezó a ir más rápido, a subirme y bajarme más rápido sobre su sexo duro y grande, y empecé a gemir, a jadear, a no saber lo que decía.

—Oh dios Matt así... sí... ¡ah!

—Pasa las piernas detrás de mí, quiero que entre hasta el fondo... quiero que la sientas en la garganta...

Eso hice, pasé primero una pierna por detrás, luego la otra, hasta cruzarlas detrás de su cintura.

No podía hablar, no podía hacer nada: Matt tenía razón, esa postura era... la tenía muy adentro, totalmente metida dentro de mí, no podía hacer nada, casi ni moverme...

Pasé los brazos por detrás de su cuello y me eché hacia atrás. Matt bajó los labios hasta mis pechos expuestos y empezó a lamer y mordisquear. Empecé a moverme muy lentamente, haciendo círculos con las caderas.

—Eso es, siénteme... —dijo con voz ronca—. ¿Me sientes dentro? Fóllame...

—Ah, Matt... está... —cerré los ojos con fuerza—. Está muy adentro... ¡Ah!

Se metió el pezón en la boca, y tiró, primero uno y luego otro. Luego bajó la mano y empezó a presionar mi clítoris, haciendo círculos.

Empecé a medio sollozar y gemir a la vez, porque el placer era insoportable, subí y bajé encima de Matt con fuerza, rápido... el orgasmo estaba cerca, lo veía, casi podía tocarlo...

—Eso es —Matt me dio una palmada en el culo con la mano que tenía libre—, fóllame bien, fuerte, así, muy bien...

Fue entonces cuando estallé, gritando y echando la cabeza hacia atrás, mientras botaba encima de Matt sin control, metiéndome su polla dentro una y otra vez.

Cuando ya no pude más fue él quien me cogió de las caderas y empezó a subirme y bajarme, cada vez más rápido y fuerte, hasta que él también perdió el control.

—Oh dios sí, eso es, me encanta tu coño estrecho... ¡ah, joder!

Se derramó dentro de mí, otra vez, y nos quedamos sentados en la cama, sin poder movernos.

Al día siguiente iba a tener unas agujetas de escándalo, pero eran por una buena causa, así que no me importaba mucho.

TENÍA la espalda apoyada en las baldosas de la pared de la ducha. Era una ducha de esas de hidromasaje, enormes, que tenían paredes de cristal y un cabezal de lluvia. El agua caía sobre nosotros, resbalando sobre nuestra piel, sobre nuestro cuerpo, en una cortina de lluvia constante.

Matt estaba arrodillado frente a mí, separándome los labios con los dedos mientras

pasaba su lengua por mi clítoris una y otra vez, y yo me apoyaba en las baldosas como podía para no caerme.

Llevaba un rato comiéndome el coño de manera exquisita, acababa de tener un orgasmo pero no me estaba dejando recuperarme, seguía y seguía, y estaba empezando a pensar que iba a deslizarme por la pared, volverme líquida y caerme por el desagüe.

Me penetró con la lengua, otra vez, y luego deslizó dos dedos dentro de mí. Empezó a meterlos y sacarlos rítmicamente, mientras seguía haciendo su magia con la lengua en mi clítoris.

A todo esto, yo estaba gritando incoherencias como si me estuvieran matando. Menos mal que el ruido de la ducha ahogaba en parte mis gritos.

—¡Aaaah! ¡Sí, Matt, más, más, por favor, así, siiiiií!

Le iba a dejar sordo, pero bueno, la culpa era suya: que no fuera tan bueno.

Sacó los dedos, los deslizó hacia atrás y los metió, poco a poco y con facilidad, dentro de mi culo.

Con facilidad porque estaban lubricados con mis jugos, y con el agua que seguía cayendo sobre nosotros.

Luego llevó la otra mano hasta mi sexo y metió otros tres dedos en mi coño, mientras seguía succionando mi clítoris.

Empezó a mover los dedos de las dos manos rítmicamente, tres en mi coño, dos en mi culo, mientras seguía lamiendo, y empecé a temblar.

No podía evitar acordarme del trío que habíamos visto desde el armario, la doble penetración, la mujer subiendo y bajando sobre las dos pollas duras, a la vez, y empecé a correrme otra vez, con un orgasmo intenso que me dejó todavía con menos fuerzas que antes.

Cuando acabé, Matt se levantó y me agarró de la cintura para que no me cayese. Todo un detalle. Luego se lavó las manos con el gel de ducha que cogió del dispensador de la pared, y me besó, un beso largo, lánguido, con lengua, perezoso, que me recorrió desde las puntas de los dedos de los pies hasta las puntas del pelo.

—Emily... —me apartó el pelo mojado de la cara y me dijo al oído—: Déjame follarte ese culito que tienes... en la ducha es más fácil, te va a encantar.

Empecé a excitarme de nuevo: era como una droga. No podía decirle que no a nada, no quería decirle que no a nada. Me sentía como en una montaña rusa, o mejor: como un parque de atracciones de sexo. Me lo estaba pasando tan bien que terminaba una atracción y ya quería montarme en la siguiente. La atracción era Matt, los "viajes" cada una de las posturas.

Quería más, lo quería todo.

Y tenía que reconocer que desde que había visto el trío antes, cuando estábamos escondidos en la habitación, no dejaba de pensar en ello.

—Sí... sí.

—¿Estás segura?

Por toda respuesta, me di la vuelta y apoyé las palmas de las manos contra las baldosas. Luego giré la cabeza para mirarle por encima de mi hombro.

—¿Tú qué crees?

Se pasó la lengua por los labios mientras acariciaba mis nalgas.

—Joder, Emily... me vuelves loco.

Apoyó la punta de su sexo duro y húmedo en mi entrada trasera.

—Relájate...

Empezó a acariciarme el clítoris, haciendo círculos con dos dedos, mientras empujaba, poco a poco...

Apoyé la mejilla en la pared de baldosas y empecé a gritar.

Matt paró de repente.

—¿Te hago daño?

—¡No! Sigue, sigue... sigue, por favor.

Empujó un poco más, poco a poco. Era un placer oscuro, distinto a todo, era como si fuese a deshacerme... como si el placer fuese a romperme en dos.

—Emily... ya casi está, ya casi está.

Siguió empujando poco a poco, acariciándome por delante, hasta que noté su entrepierna pegada a mis nalgas.

Estaba dentro del todo. Por fin.

—Abre más las piernas —me ordenó con voz ronca, los labios pegados a mi oreja.

Eso hice, y deslizó los dedos que estaban en mi clítoris dentro de mi sexo, mientras seguía torturando mi clítoris con el pulgar.

—Matt...

Siguió estimulándome el clítoris, metiéndome los tres dedos en el sexo, mientras tenía el culo lleno.

—¡Matt!

Le escuché reírse detrás de mí, satisfecho de sí mismo.

—¿Qué?

Le miré por encima de mi hombro y empujé un poco las caderas hacia atrás.

—Fóllame...

No podía más. Era demasiado, y no era suficiente... necesitaba que se moviese.

Se le oscurecieron los ojos de deseo, salió un poco de dentro de mí y volvió a entrar, empujando suavemente.

—Déjame que te folle bien, déjame que te la meta hasta dentro, eso es...

Empecé a golpear la pared con las manos. El placer era insoportable.

—Dame bien, Matt...

Siguió entrando y saliendo con suavidad.

—¿Así? —dijo en mi oído, y empujó con más fuerza— ¿...o así?

—Más, más fuerte...

Y eso hizo, empezó a moverse más rápido, sin llegar a salir nunca del todo, llenándome con cada embestida.

—Joder, no voy a aguantar mucho, Emily... me encanta tu culo, lo tienes súper prieto... mmmm..

—Fóllame bien el culo, Matt, más, más fuerte...

No sabía ni lo que decía. Lo vi venir y sabía que iba a ser peor y mejor que los anteriores, el placer empezó a recorrerme y me desbordó, era demasiado, demasiados

estímulos por todas partes, su polla en mi culo, los dedos en mi coño, mi clítoris, empecé a temblar y a pedirle que por favor me follara el culo, más y más fuerte, y eso hizo, penetrándome, empujando hasta el fondo una y otra vez.

Apoyó la frente en mi hombro por detrás.

—Emily... Emily, me voy a correr...

Tenía la mejilla apoyada en las baldosas mientras el agua me caía en la cara, no sabía cuántos orgasmos había tenido, estaba como en una especie de trance.

—Córrete dentro de mí... —conseguí decir con mis últimas fuerzas.

Eso hizo, gruñendo y jurando en mi oído, su semen caliente derramándose entre mis nalgas.

No sé cómo habíamos llegado hasta la cama. Era un milagro, porque yo no recordaba el viaje desde la ducha hasta allí. No sé si me había llevado Matt a cuestras, le había llevado yo a él, o toda la noche había sido un sueño.

¿Había sido un sueño? Tenía los ojos cerrados y tuve miedo de abrirlos y encontrarme con un tipo vestido de vampiro señalándose el cuello y diciendo "muérdeme".

Pero no: estaba en la habitación, encima de la cama, con Matt. Debíamos haber salido de la ducha hace poco porque estábamos los dos mojados, pero inexplicablemente nos habíamos metido debajo de la sábana.

—Igual deberíamos haber cogido una toalla antes de meternos en la cama —dije, y la voz me salió ronca, como si no fuese mi voz.

No me extrañaba nada, con los gritos que había pegado en la ducha.

—¿Eh?

Giré la cabeza para mirar a Matt, que también tenía los ojos cerrados y el pelo mojado pegado a la frente.

Intenté mover los dedos de los pies, sin éxito.

—No siento las piernas.

—Bienvenida al club —abrió un ojo y levantó un poco la sábana para mirar debajo. Luego pareció tranquilizarse.

—¿Está en su sitio? —pregunté.

Volvió a cerrar los ojos.

—Apenas.

Puse la mano en su entrepierna por encima de la sábana, y su sexo se movió en mi mano.

—Se ha movido.

—Ha sido involuntario, créeme. Un acto reflejo.

Estiró el brazo y cogió su móvil de la mesita al lado de la cama.

—Voy a necesitar por lo menos... diez minutos más para recuperarme.

Abrí los ojos como platos.

—¡Diez minutos!

Me miró y levantó una ceja.

—¿Te parece mucho?

—Me gustaría poder andar, mañana. Si no te importa.

Me miró sonriendo de oreja a oreja.

—Igual ya es tarde para eso...

No pude evitar reírme yo también. Matt me miró, los ojos brillantes.

—No sabes cómo me alegro de que Melisa me haya puesto los cuernos en el baño del hotel.

—Y yo me alegro de que Dana me arrastrase hasta la fiesta con una blusa manchada de vino y una falda cortada con tijeras—. Me quedé pensando un instante—. Y de que Melisa te pusiera los cuernos también, por supuesto. Al final la noche no ha estado tan mal.

—No, no ha estado nada mal...

Puso un brazo en mi cintura y me atrajo hacia él. Luego volvió a sonreír y se señaló el cuello.

—Muerde aquí.

 **FIN** 

Si quieres más historias como esta, [sígueme en Amazon](#) y recibirás un aviso cuando publique mi siguiente libro.

ACERCA DE LA AUTORA

Nina Klein vive en Reading, Reino Unido, con su marido, perro, gato e hijo (no en orden de importancia).
Nina escribe historias eróticas, romance y fantasía bajo varios pseudónimos.

* * *

www.ninakleinauthor.com

ninakleinauthor@gmail.com

Página de Nina Klein en Amazon:

Amazon ES: amazon.es/Nina-Klein/e/B07J4HJ3C2

Amazon US: amazon.com/author/ninaklein

Cumpleaños Feliz



Normalmente mis compañeros de trabajo me caen bien, son gente maja. No tengo nada en su contra. Excepto cuando encargan una tarta por mi cuarenta cumpleaños, me cantan cumpleaños feliz y me hacen soplar las velas en medio de la oficina.

No era mi mejor día. Cuarenta años: el fin de una era, el comienzo de la mediana edad. Divorciada, pasando las noches viendo películas con una manta en el sofá... solo me faltaba comprarme un gato.

Hasta que mi amiga Ana me propone hacerme un perfil en una app de citas. Será divertido, dice. Ya lo verás.

¿Qué podría salir mal?

Casi todo.

¿Qué podría salir bien?

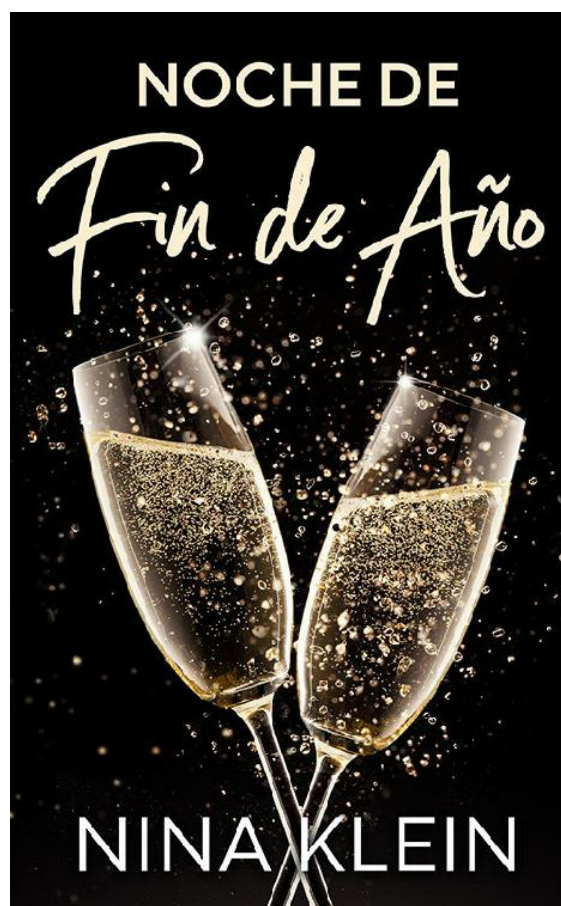
Lo que menos esperaba.

Al final, quizás cumplir cuarenta años no era para tanto...

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

Noche de Fin de Año



Laura está dispuesta a terminar el año acampada delante de la televisión, en pijama, tragándose patéticos especiales de Nochevieja. Sus compañeros de piso, Mike y Sharon, no son capaces de convencerla para que les acompañe a la fiesta de año nuevo a la que iban a ir juntos y terminan yéndose sin ella.

Hasta que le llega una notificación de Instagram, la abre y ve una foto de su exnovio con su nuevo amor.

En la misma fiesta a la que ella iba a ir aquella noche.

Así que decide vestirse a toda prisa para presentarse en la fiesta de improviso, justo antes de que den las doce, teniendo solo una cosa en mente: venganza.

Sin embargo, la noche no terminará exactamente como esperaba...

[Léelo ya en Amazon \(gratis con Kindle Unlimited\)](#)

* * *

Todas las historias de Nina Klein:

SERIE "EL CLUB"

[El Club](#) (El Club 1)

[Una Noche Más](#) (El Club 2)

[Todos Tus Deseos](#) (El Club 3)

[Trilogía El Club](#) (El Club 1, 2 y 3)

[Llámame Amanda](#) (El Club 4)

[No Eres Mi Dueño](#) (El Club 5)

[La Última Fantasía](#) (El Club 6)

[Trilogía 2 El Club](#) (El Club 4, 5 y 6)

[Todo El Club: Serie Completa](#) (El Club 1-6)

TRILOGÍA "ROMANCE EN VACACIONES"

Unas Vacaciones de Ensueño (Romance en Vacaciones 1)

Bienvenida al Paraíso (Romance en Vacaciones 2)

Próximamente: Un Golpe de Suerte (Romance en Vacaciones 3)

TRILOGÍA "LA FIESTA DE SAN VALENTÍN"

Romance en la Oficina (La Fiesta de San Valentín 1)

La Jefa (La Fiesta de San Valentín 2)

Una Mujer de Mundo (La Fiesta de San Valentín 3)

Trilogía La Fiesta de San Valentín

HISTORIAS INDEPENDIENTES

La Fiesta de Halloween

Un Día de Playa

Ex Luna de Miel

Cumpleaños Feliz

El Almacén

Enemigos Íntimos

Noche de San Valentín

El Regalo de Navidad

Noche de Fin de Año

Game Over

El Profesor, La Tienda (Dos historias eróticas)

Alto Voltaje - Volumen 1 (Recopilación de historias eróticas)

Alto Voltaje - Volumen 2 (Recopilación de historias eróticas)

* * *